

LA DESMITIFICACIÓN DE LA EDAD MEDIA

Julio Valdeón Baruque

Universidad de Valladolid

"La invención de la Edad Media" es el título de un libro publicado hace unos años por el conocido historiador francés Jacques Heers. En efecto, la Edad Media, no nos engañemos, es un concepto elaborado por los seres humanos y utilizado para referirnos a un determinado período del pasado de la humanidad. Ni que decir tiene que las gentes que vivieron en lo que denominamos hoy en día Edad Media se quedarían enormemente sorprendidas al oír hablar de ese concepto, que para ellas, por supuesto, nada les decía.

1. DEL HUMANISMO A LA ILUSTRACIÓN. UNA IMAGEN NEGATIVA DE LA EDAD MEDIA

Los primeros que comenzaron a hablar de Edad Media, o más concretamente de expresiones como "media aetas" o "medium aevum", fueron los humanistas italianos de las últimas décadas del siglo XV. En concreto el primero que aludió al término Edad Media fue el obispo de Alesia, Giovanni Andrea dei Bussi, el cual, en una carta fechada en el año 1469, hablaba de "sed mediae tempestatis tum veteris, tum recentiores usque ad nostra tempora". Con esa expresión se refería dicho prelado a una etapa situada entre dos momentos brillantes de la historia de la humanidad, los tiempos clásicos, por una parte, y la fase que los humanistas italianos estaban protagonizando, por otra, en la cual se buscaba el retorno al cultivo de las lenguas clásicas y, en general, de todos los valores propios de aquellos lejanos tiempos. Esa etapa de la historia de la humanidad, o cuando menos de Europa y de su entorno, que abarcaba más de un milenio, pues se extendía entre las últimas fases del Imperio Romano y los años medios de la decimoquinta centuria, se caracterizaba, según los citados humanistas, por el brutal retroceso experimentado, sobre todo desde el punto de vista de las manifestaciones culturales. Los tiempos medios eran, por lo tanto, una fase rotundamente negativa de la historia de la humanidad, pues en ellos habían predominado, como notas distintivas, la ignorancia y la barbarie. Así pues, la génesis del concepto de Edad Media iba acompañada de rasgos claramente nefastos.

Poco tiempo después, en las primeras décadas del siglo XVI, se sumó otro componente negativo a la visión que se había forjado del Medievo. En esta ocasión la crítica a los tiempos medievales procedía del ámbito religioso, y en concreto de los reformadores protestantes, los cuales reivindicaban el retorno al cristianismo primitivo, echando por tierra, al mismo tiempo, las instituciones que la Iglesia había mantenido en los pasados siglos. Desde la perspectiva protestante los altos cargos de la Iglesia, entiéndase los pontí-

fices, los cardenales, los prelados, los abades de los monasterios, los maestros de las Órdenes Militares, etc., habían actuado, a lo largo de la Edad Media, de una manera brutal y despótica. En el fondo los grandes magnates de la Iglesia católica, al menos así lo pensaban los protestantes, no se diferenciaban nada de los señores feudales laicos.

No obstante el momento más duro, por lo que a la concepción de los tiempos medievales se refiere, fue, sin duda alguna, el siglo XVIII, llamado, como es sabido, de la Ilustración o "de las luces". Los intelectuales dieciochescos defendían, ante todo, la preminencia de la razón, virtud que, según ellos, había estado plenamente ausente de la Europa del Medioevo, caracterizada por el predominio de la más brutal irracionalidad. Por lo demás los ilustrados presentaban a la Edad Media como una época en la que unas minorías, los llamados señores feudales, a los que con frecuencia se definían como "señores de horca y cuchillo", habían oprimido de manera bestial a la mayoría de la población. De ahí la conocida expresión "siervos de la gleba" que se aplicaba, en términos generales, a la mayor parte del campesinado de los siglos medievales. ¿Cómo olvidar, por acudir a un ejemplo significativo, el "ius prima nocte", es decir el derecho que poseían los grandes magnates nobiliarios a dormir con las esposas de los labriegos que se hallaban bajo su dependencia nada más y nada menos que la noche de su boda? Así pues, a la incultura de que hablaban los humanistas y a la opresión de los dirigentes de la Iglesia, según el punto de vista expuesto por los protestantes, se añadía el terrible avasallamiento en el que se encontraban los sectores populares por la minoría de los poderosos que controlaban aquella sociedad. En definitiva, la imagen que se tenía de la Edad Media en la Europa de la Ilustración era, en términos generales, profundamente negativa. "La Ilustración fue ciega para los valores específicamente medievales", escribió el profesor Santiago Montero Díaz en su libro "Introducción al estudio de la Edad Media", publicado en la ciudad de Murcia, en cuya Universidad fue catedrático, en el año 1948.

Un ejemplo muy significativo del punto de vista que los intelectuales del siglo XVIII poseían acerca del Medioevo nos lo proporciona Voltaire, sin duda uno de los más relevantes pensadores de aquella época. Oigamos su opinión, recogida en su obra "Ensayo sobre la poesía épica y el gusto de los pueblos": "Cuando el Imperio romano fue destruido por los bárbaros se formaron muchas lenguas con los despojos del latín, como se elevaron muchos reinos sobre las ruinas de Roma. Lo conquistadores llevaron por todo el Occidente su ignorancia y su barbarie. Todas las artes perecieron: hasta ochocientos años después no comenzaron a renacer. Lo que desgraciadamente nos resta de la arquitectura de la arquitectura y de la escultura de aquellos tiempos, es un grotesco conjunto de groserías y de baratijas. Lo poco que escribían era del mismo mal gusto. Los monjes conservaron la lengua latina para corromperla...". Difícilmente podía sintetizarse de forma tan drástica la lamentable imagen que se tenía en aquella época de lo que habían sido los tiempos medievales: una época de barbarie, de ignorancia, de corrupción de la lengua latina, de existencia de restos artísticos de todo punto deplorables, etc.

2. EL SIGLO XIX: LA EXALTACIÓN DEL MEDIEVO

El panorama que tan sucintamente hemos presentado conoció un giro radical en la siguiente centuria, es decir en el siglo XIX. La irrupción del romanticismo, fenómeno cultu-

ral que ponía el acento en aspectos como el sentimiento, la vuelta a la naturaleza, la fe o las virtudes heroicas, al tiempo que se alejaba de las pautas que habían marcado el racionalismo ilustrado, se tradujo en una progresiva exaltación de la Edad Media. Aquellos siglos, al menos así los contemplaban los intelectuales románticos, habían visto el florecimiento de héroes y de santos, de entusiastas combatientes y de defensores del amor cortés. El poeta alemán Heinrich Heine expresó, con gran nitidez, el atractivo que en su época se sentía por el Medievo europeo: "Tenía la arquitectura de la Edad Media igual carácter que las otras artes, pues entonces todas las manifestaciones de la vida se armonizaban entre sí de una manera maravillosa...Cuando se examinan desde fuera esas catedrales góticas, esos edificios inmensos de forma tan fina, tan transparente, tan aérea, que parecen recortados imitando los encajes de Brabante en el mármol, sólo entonces se siente plenamente el poderío de aquellos tiempos que sabían agilizar la piedra, animarla con una vida de fantasmas y hacer expresara esa materia los impulsos del espiritualismo cristiano". ¡Qué contraste tan rotundo entre las opiniones expresadas por Heine y las manifestaciones hechas, sólo unas décadas antes, por el francés Voltaire!

Ahora bien, el giro copernicano que se produjo en el siglo XIX a propósito de la visión que se tenía del Medievo no sólo obedecía a los impulsos del romanticismo. También tuvo su participación el fenómeno del nacionalismo, estrechamente ligado a la consolidación de las naciones-estado, las cuales volvían la mirada al pasado medieval, época en la que, indiscutiblemente, se habían puesto sus cimientos. En el Medievo habían nacido las naciones-estado que se habían fortalecido en las primeras décadas del siglo XIX, casos, por ejemplo, de Francia o de Inglaterra, pero también había que tener en cuenta a aquellas naciones que en esas fechas se hallaban sometidas a poderosos imperios, situación en la que se hallaban diversos pueblos eslavos, incorporados al imperio turco. Por otra parte Alemania, que, como es bien sabido, no logró la unificación política hasta finales de la decimonovena centuria, miraba con nostalgia, pero a la vez con orgullo, a la Edad Media, período en el que su territorio había sido nada menos que el corazón del Sacro Imperio Romano-Germánico, es decir la cabeza temporal de la Cristiandad.

¿Y qué decir de España? En el transcurso del Medievo la idea de España, como horizonte de un pasado perdido, a raíz de la derrota del rey visigodo Rodrigo ante los musulmanes en la batalla de Guadalete, pero a la vez esperanza de un futuro unificado, estaba presente en sus diversos núcleos políticos, desde los orientales hasta los occidentales, o lo que es lo mismo desde Cataluña hasta Galicia, pasando por Aragón, Navarra, Castilla y León. Esa diversidad de entidades políticas autónomas entre sí explica que se utilizara con frecuencia la expresión las "Españas medievales", manejada por diversos escritores de aquellos tiempos, y magistralmente analizada por el profesor José Antonio Maravall en su espléndido libro "El concepto de España en la Edad Media". Pero quizá el ejemplo más representativo de la mirada nostálgica al pasado medieval nos la ofrece la Inglaterra del siglo XIX, la cual, orgullosa de la posición hegemónica que ostentaba por aquellas fechas a nivel mundial, entendía que las raíces de su superioridad se encontraban en el Medievo, época en la que puso en marcha el "common law", pero a la vez el Parlamento y la "Carta Magna", puntos de partida del liberalismo contemporáneo. El siglo XIX, en última instancia, fue testigo del paulatino interés despertado por el "Volkgeist", o lo que es lo mismo el espíritu peculiar de cada nación y de cada pueblo.

La Edad Media había sido, al mismo tiempo, la etapa en la que la Iglesia católica había alcanzado, sin duda alguna, su máximo esplendor. ¿No procedían de aquellos tiempos, por ejemplo, el Derecho Canónico y la excepcional obra teológica de Santo Tomás de Aquino? ¿Cómo olvidar, por otra parte, los tiempos de las cruzadas hacia Tierra Santa o pontificados tan significativos como el de Inocencio III? En contraste con un siglo XIX sumamente tormentoso para la Iglesia católica, que vio la pérdida de los estados vaticanos, el Medievo, tiempo de la teocracia, ofrecía una imagen poco menos que beatífica, pues en ella se había producido, sin fisuras de ningún tipo, la perfecta armonía entre el trono y el altar. Pero incluso desde posiciones tan novedosas como los movimientos políticos de signo radical se buscaba en los tiempos medievales elementos adecuados a sus expectativas. Recordemos, a este respecto, la utilización de la expresión medieval "comuna", símbolo de la rebelión popular contra el dominio de los señores feudales, para designar ni más ni menos a los revolucionarios que triunfaron en París en el año 1870.

En conclusión, las vías abiertas en el transcurso del siglo XIX desde distintas perspectivas confluyeron en mirar a los tiempos medievales como una época de sumo interés, por cuanto en ellos se encontraban las más variadas raíces del mundo contemporáneo. Ese cambio, con respecto a la imagen existente del Medievo un siglo atrás, lo registró magistralmente el historiador alemán Luden, el cual, en su libro "Historia del pueblo alemán", publicado en el año 1825, escribía lo siguiente: "Hace una generación, la Edad Media parecía una noche oscura, ahora...el encanto de lo que descubrimos ha fortalecido el deseo de seguir investigando".

3. EL ACERCAMIENTO A LA EDAD MEDIA POR EL CAMINO DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

Dos imágenes contrapuestas, por lo tanto, se habían gestado acerca de la Edad Media, una totalmente negativa, la otra, en cambio, francamente positiva. Ahora bien, el conocimiento real de lo que había sido la historia de la humanidad en aquellos tiempos, denominados medievales, procedía de la labor que efectuaban los profesionales de esa materia, es decir los historiadores. En el transcurso de los siglos XVI al XVIII, época en la que la disciplina de la historia no había alcanzado todavía un rango académico reconocido, diversos eruditos, al margen de las opiniones imperantes en la sociedad de su tiempo sobre el Medievo, se dedicaron a recoger fuentes de aquella época. Obras como los "Annales ecclesiastici", de César Baronius, las "Capitularia regum francorum", de Baluze, los "Rerum italicarum scriptores", de Muratori, o las "Foedera, litterae, conventiones et cuicumque generis acta publica", de Rymer, constituyen algunos de los testimonios fundamentales de esa interesante, y a la larga muy provechosa, labor. Si prestamos nuestra atención al ámbito hispano nos encontraremos con obras tan significativas como los "Anales de la Corona de Aragón", de Jerónimo Zurita, la "España Sagrada", del padre Flórez, las "Anti-güedades de España", de Berganza o los Bularios de las Órdenes Militares. No es posible olvidar, por otra parte, la aparición, en la segunda mitad del siglo XVII, de la disciplina de la Diplomática, consecuencia de la dura pugna mantenida, a propósito de la interpretación de determinados documentos del Medievo, entre los benedictinos de Saint-Maur y el gru-

po jesuita de los bolandistas. La obra del benedictino francés Jean Mabillon, "De re diplomatica libri VI", aparecida en el año 1681, constituye el punto de partida de la ciencia de la Diplomática. A partir de ese momento, ahí radica la gran novedad, se disponía de unos criterios precisos y rigurosos para el estudio de las fuentes escritas que se habían conservado de los tiempos medievales.

No obstante, los pasos ciertamente decisivos en orden a una reconstrucción objetiva de lo que fue la Edad Media se dieron a partir del siglo XIX, época en la que la disciplina de la historia adquirió carácter académico, siendo admitida plenamente en el mundo universitario. Poco a poco fueron surgiendo en Europa diversas escuelas históricas nacionales, caso de la alemana, la inglesa, la francesa o la italiana. Sin duda la primera de todas fue la alemana, que tuvo como figura emblemática a Leopoldo von Ranke. En Alemania, por otra parte, se puso en marcha una impresionante colección documental. Me refiero a los "Monumenta Germaniae historica", obra que abarcaba textos de los diversos pueblos germánicos entre los años 500 y 1500. El primer tomo de dicha colección apareció en el año 1826, siendo obra del archivero-bibliotecario Georg Heinrich Pertz. España, no podía ser de otra manera, también se sumó a esa corriente. Entre las ediciones de fuentes relativas al Medievo cabe destacar la publicación de las actas de las "Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla", que corrió a cargo de la Real Academia de la Historia, las "Crónicas de los reyes de Castilla, desde don Alfonso el Sabio hasta los Reyes Católicos", dirigidas por Cayetano Rosell, o la colección de documentos del Archivo de la Corona de Aragón, a cuyo frente se situó Próspero Bofarull.

Es indudable que la historiografía ha experimentado, en el transcurso de los siglos XIX y XX, notables cambios. Desde la concepción "historicista", predominante en el siglo XIX, hemos navegado hasta escuelas tan revolucionarias como la francesa de los "Annales" o el materialismo histórico. El estudio del pasado, centrado en sus primeros momentos básicamente en las grandes figuras y en los sucesos más llamativos del ayer, fundamentalmente los relativos a las guerras y a las paces, se ha ido extendiendo a otros muchos ámbitos, desde el económico y el social hasta el de las mentalidades. Al mismo tiempo han ido surgiendo nuevas orientaciones, ya se trate de la historia de la cultura popular, de la historia del género, de la microhistoria o de la denominada "nueva narrativa". ¿Cómo olvidar, por otra parte, la excepcional aportación efectuada por la arqueología medieval para un mejor conocimiento de la historia de aquellos tiempos? No cabe duda de que esa diversidad de corrientes interpretativas ha sido muy positiva para enriquecer nuestro conocimiento del pasado histórico, y en concreto del Medievo.

Paralelamente se fue generalizando el estudio de la historia, por supuesto centrada en la nación propia, en los niveles de la enseñanza secundaria. Así las cosas, una buena parte de los ciudadanos tenía acceso al conocimiento, por limitado que éste fuera, del pasado de su nación. El estudio de la historia nacional era uno más de los recursos de que se valieron los políticos del siglo XIX para fortalecer a su propia nación. Resulta muy significativo, a este respecto, lo que dijeron, al final de la primera guerra mundial, diversos combatientes franceses, los cuales indicaron que, gracias al estudio de la historia de su nación, mientras cursaban el Bachillerato, habían luchado con mayor ardor para salir victoriosos en el conflicto bélico en el que se habían visto envueltos. Eso sí, con frecuencia se exaltaba hasta

límites increíbles lo propio de cada nación, al tiempo que se denigraba al vecino. ¿Cómo olvidar, por ejemplo, las alusiones que se hacían en España a la "pérfida Albión" o a los "gavachos", referencias, respectivamente, de Inglaterra y de Francia, países con los que habíamos mantenido frecuentes pugnas?

4. LA VISIÓN ACTUAL DE LA EDAD MEDIA. UNA IMAGEN DESMITIFICADA

No es nuestro propósito, ni mucho menos, ofrecer una síntesis de lo que fue la historia de los tiempos medievales. Lo que nos corresponde explicar, en esta fase última del trabajo que presentamos en estas Jornadas dedicadas a la memoria del brillante profesor e investigador Miguel Rodríguez Llopís, que nos dejó cuando se hallaba en plena juventud, es poner de manifiesto cómo, gracias a la labor efectuada por la historiografía en el transcurso de los siglos XIX y XX, poseemos hoy en día una visión suficientemente objetiva de lo que fue realmente el Medievo. ¿Hubo barbarie en la Edad Media? Por supuesto, como en cualquier etapa de la historia de la humanidad. ¿Hubo heroísmo en aquellos tiempos? Obviamente, al igual que en otras muchas fases del pasado histórico. Mas no se trata ni de denigrar al Medievo ni de mitificarlo. Nuestro objetivo como medievalistas no es situar a la Edad Media ni en el infierno ni en el cielo. Lo esencial es entender cómo se desarrolló la vida de las sociedades humanas en aquellos largos siglos.

Lo señalado no es óbice para poner de manifiesto que, en nuestros días, continúan tanto la herencia de los que denigraron al Medievo como de quienes lo exaltaron hasta límites inimaginables. A nivel popular, no nos engañemos, sigue vigente la idea de situar a los tiempos medievales, identificados con la opresión y la ignorancia, en el lado más oscuro posible. Es muy significativo, a este respecto, lo que cuenta J.Heers, en su libro antes citado de "La invención de la Edad Media", a propósito de un periodista francés, el cual se hallaba, hace unos años, en el Líbano. Dicho corresponsal, que iba informando de las matanzas acaecidas en aquel país, afirma en un momento dado "y nos hundimos todavía más en la Edad Media". ¿No se escucha con frecuencia la frase "se diría que estamos en la Edad Media", precisamente para referirse a situaciones más o menos escandalosas? En otra parte de su libro Jacques Heers afirma que lo medieval "se ha convertido en una especie de injuria". Pero quizá su expresión más atinada, a la hora de recordar la mala imagen que aún subsiste del Medievo, es aquella que indica "lo medieval da vergüenza, es detestable; y lo 'feudal', su carta de visita para muchos, es todavía más indignante". Conviene señalar, a este respecto, que en la Francia de la década de los cincuenta del siglo XX, otra prueba más de la imagen terrible que se tenía en la opinión pública del feudalismo, se contraponían "la democracia francesa y la feudalidad argelina", o se hablaba del "feudalismo, enfermedad infantil del Vietnam".

Pero al mismo tiempo funciona una cierta imagen poco menos que sacral de los tiempos medievales. ¿No se pusieron de moda hace unos años las "cenas medievales"? ¿No se realizan, con harta frecuencia, "mercados medievales" en numerosas villas y ciudades de nuestra geografía? ¿Cómo olvidar, por otra parte, el éxito rotundo que tuvo a nivel internacional, no hace mucho tiempo, un disco de los monjes del monasterio burgalés de Silos, dedicado al canto gregoriano, es decir a una música típica de la Edad Media? ¿Y el espec-

tacular triunfo que alcanzó la novela del escritor y gramático italiano Umberto Eco, "El nombre de la rosa", que relata acontecimientos acaecidos en los tiempos medievales? ¿Y el protagonismo de determinados personajes originarios de la Edad Media, que suelen aparecer en los comics infantiles, como es el caso del famoso Asterix? Más aún, con frecuencia elementos medievales aparecen ligados al mundo del futuro en programas de televisión orientados a los sectores infantiles, en los que se mezclan viajes siderales con castillos y caballeros armados al modo de los guerreros del Medievo.

Mas, independientemente de la persistencia de esas visiones, es indudable que la historiografía ha aportado una visión rigurosa y precisa de cómo se desarrolló la historia en los siglos del Medievo. Situados como estamos en el continente europeo, podemos afirmar, sin el más mínimo pudor, que las raíces, tanto materiales como espirituales, de la Europa de nuestros días se encuentra en la Edad Media. La descomposición del Imperio Romano, y la formación de núcleos políticos independientes, dirigidos por los pueblos germánicos que en ellos se asentaron, caso de los visigodos de Hispania o de los francos de la Galia, dieron paso a la gestación progresiva de Europa. Paralelamente, como es sabido, se generalizaba por todo el continente la religión cristiana, cuya cabeza indiscutible se hallaba en el pontífice romano. ¿Y el latín? La antigua lengua del Imperio Romano siguió utilizándose, sobre todo como vehículo de comunicación en el ámbito de la Iglesia. Pero no ello no impidió, por supuesto, que el latín evolucionara, derivando en las lenguas romances, las cuales nacieron en el transcurso de los siglos altomedievales, aunque su consolidación fuera más tardía. Si cambiamos de tema, encontraremos en el Medievo multitud de elementos característicos de la vida económica y social que en modo alguno podemos abandonar si queremos entender cómo se ha construido el mundo en que vivimos. La articulación de la sociedad feudo-señorial, por de pronto, constituye un puente, todo lo complejo que se quiera, entre el mundo antiguo y la época contemporánea. El Medievo fue, asimismo, el período en el que surgieron, en el campo de la vida financiera, los bancos o las letras de cambio. Desde la perspectiva de las luchas sociales de nuestro tiempo se suele acudir al Medievo para detectar los primeros movimientos de protesta a favor de un mundo más igualitario. ¿Qué decir, por ejemplo, de revueltas como la de los payeses de renmsa de Cataluña o la de los irmandiños gallegos? ¿No fue la Edad Media, por otra parte, la época en la que nacieron las Universidades, o mejor dicho los Estudios Generales, es decir los centros de enseñanza superior? Y si nos trasladamos al terreno del pensamiento científico, ¿no se ha visto en intelectuales como Guillermo de Ockam nada menos que las raíces indiscutibles de la ciencia moderna? La obra de Ockam, dijo en su día muy significativamente el historiador Gordon Leff, permitió que se abriera "una perspectiva más genuinamente científica que en cualquier otra época desde la antigua Grecia".

La construcción en nuestros días de la Unión Europa vuelve sus ojos, no podía ser de otra manera, a los tiempos de Carlomagno, primer emperador de la Cristiandad de este continente. ¿No se ha presentado a Carlomagno nada menos que como el padre de Europa? El Medievo fue, asimismo, la etapa en la que se gestaron las naciones-estado del viejo continente. Recordemos que en el concilio de Constanza, celebrado a comienzos del siglo XV, asistieron representantes de cinco naciones europeas, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y España. En la Edad Media, por otra parte, nacieron los Parlamentos, las Cortes, los Estados Generales o las Dietas, términos alusivos a instituciones similares, las cuales,

pese a los cambios revolucionarios que con el tiempo se produjeron, son, sin duda alguna, la base de los sistemas democráticos de nuestros días. Pero quizá lo más significativo de aquellos lejanos siglos fue la génesis del espíritu laico, surgido, como afirmara en su día el profesor Lagarde, en los tiempos bajomedievales. Esa fue una conquista de gran valor, pues permitía separar con claridad el ámbito específico de la vida en este mundo terrenal de las expectativas sobre otro posible mundo, o lo que es lo mismo el plano temporal del espiritual, que durante tanto tiempo habían estado estrechamente ligados. Ahí se encontraba, sin duda alguna, uno de los fundamentos de la superioridad europea, pronto plasmada en su proyección universal sobre los restantes continentes. ¿No era visible, por ejemplo, el contraste radical con el mundo islámico, en el que parecía imposible la gestación de una sociedad civil y la existencia de un espíritu laico?

Si fijamos nuestra mirada en España no cabe duda de que llegaremos a idénticas conclusiones. ¿Sería posible comprender lo que supone el actual "estado de las autonomías" si prescindieramos de lo que fue la España medieval? Es más, las fronteras de varias de las autonomías que hoy funcionan en España son casi idénticas a las del lejano Medievo. Tal es el caso, por ejemplo, de los antiguos territorios de la corona de Aragón, es decir Aragón propiamente dicho, Cataluña, Valencia y las islas Baleares. Y Navarra y Galicia, por acudir a otros testimonios, ¿no fueron asimismo reinos en la época medieval? En el Medievo se daban la mano en España la unidad, como horizonte de un pasado perdido, pero a la vez de un hipotético futuro de unión a lograr algún día, y la diversidad, plasmada en la existencia de un mosaico de núcleos políticos, cada uno de ellos independiente de los demás. El cronista catalán de comienzos del siglo XIV, Ramón Muntaner, no dudó en señalar que los diversos reinos de España eran "una carne y una sangre", lo que ponía de relieve los evidentes lazos de aproximación que existían entre ellos. En otro orden de cosas es necesario poner de manifiesto que los tiempos medievales fueron testigos de la puesta en marcha de los concejos, es decir la institución de carácter local. Los concejos son el punto de partida de los municipios de nuestros días.

Ahora bien, el Medievo hispano tuvo diferencias notables si lo comparamos con el de otras naciones vecinas, debido, básicamente, a la larga presencia en su suelo de los musulmanes. La huella que dejaron los islamitas, así como la comunidad judía, fue de gran calado, pues todavía hoy la mantenemos en ámbitos tan diversos como el idioma que hablamos y los nombres de numerosas villas, ciudades o ríos de las tierras hispanas, pero a la vez en aspectos relativos al folklore, a la gastronomía o a las costumbres de la vida cotidiana. ¿Cómo olvidar el atractivo que ejerció en las tierras cristianas, por ejemplo, el denominado arte mudéjar? No se trata, ni mucho menos, de mitificar la convivencia de las tres religiones, o "castas", como decía el filólogo e historiador Américo Castro, de la España medieval, la cristiana, la musulmana y la judía, pero sí de admitir la singularidad que ese mezcla supuso para el futuro de estas tierras y de sus gentes. Afirmar que en el Medievo los auténticos españoles eran los cristianos, y que los individuos de las comunidades islamita y hebrea eran algo parecido a unos extranjeros, invasores de este territorio, como afirmaba buena parte de la historiografía del siglo XIX, es un craso error. ¿No procedía precisamente de una familia judía, posteriormente convertida al cristianismo, nada menos que santa Teresa de Jesús, la figura más notable del misticismo español?

Una última reflexión queremos hacer antes de cerrar esta breve colaboración al homenaje dedicado al profesor Rodríguez Llopis. Habida cuenta de que el conocimiento del mundo en que vivimos requiere trazar una perspectiva hacia el pasado, y en ese pasado no podemos olvidar los tiempos medievales, entiendo que es imprescindible que esa etapa del ayer de la humanidad no esté ausente de la enseñanza dirigida al conjunto de los escolares. En los últimos años, justo es reconocerlo, ha predominado de tal manera el contemporaneísmo en la enseñanza de la historia en los niveles secundarios que los muchachos apenas conocen nada del Medievo. Desde nuestro punto de vista defendemos la idea de que, aunque tenga más peso la historia reciente, no se olvide trazar una perspectiva que arranque de los inicios de la historia de la humanidad. Una parte de ese recorrido, que debe de seguir las pautas propias de la cronología, ha de referirse, sin duda, al Medievo, período en el que, ya lo hemos dicho, se hallan los orígenes del mundo en que nos hallamos, tanto a nivel español como europeo. Que nadie piense que al defender esta opinión estoy actuando en plan corporativista, como un profesor que soy del área de conocimiento de "historia medieval". Simplemente pretendo ser lo más fiel posible a la realidad histórica de lo que esos siglos, tan denigrados, nos han aportado.